



# Vuelve a Mí

*Mary Heathcliff*

# VUELVE A MÍ

Duvergier, 1

Mary Heathcliff

© 2009 por Mary Heathcliff.

All rights reserved / Todos los derechos reservados.

Registro de derecho de autor: 10-220-431 Bogotá, Colombia.

Registro de Safe Creative: 1308205616163.

ISBN: 9781476139340

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Edición y corrección: MRC ©

Fotografía de portada: <http://www.photorack.net/> © su propietario.

Montaje y diseño de portada: MRC ©.

Madelynn Buckhurst es una joven tímida y triste. Huérfana desde niña, debe soportar los constantes maltratos de su abuelo, su tía y sus primas por cargar el estigma de ser una bastarda. Por eso, su vida se ilumina cuando el maravilloso Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon, pide su mano en matrimonio y con ello pone fin a una vida de humillaciones y dolor. Lo que Madelynn no sabe es que Richard no se casará con ella por amor. Cuando lo descubre toma una decisión radical: huir de él.

Richard no se quedará de brazos cruzados; la buscará y no se detendrá hasta recuperarla. Desde que la conoció se dijo que iba a retribuirle a la joven la bondad que él recibió de su madre tantos años atrás, sin importar que no haya amor, el agradecimiento será suficiente.

Durante la huida, Madelynn encontrará respuesta a muchos secretos relacionados con su origen y Richard admitirá que sus sentimientos son más profundos de lo que él cree. ¿Estarán a tiempo para volver a amarse, o las circunstancias y el pasado los separarán para siempre?

# **LIBRO PRIMERO**

**Madelynn**

**Enero de 1789**

## Capítulo 1

—Feliz cumpleaños mamá.

Los ojos color violeta de la joven brillaron con nostalgia.

Con nerviosismo, olió de nuevo el pequeño ramo de lirios que había recolectado en el camino, no sin esfuerzo por la época del año en la que se hallaba.

—Lo hice yo misma —dijo extendiendo el ramillete—. Así como cuando era una niña ¿lo recuerdas?

En su mente vio los días felices en los cuales ella y su madre paseaban por los jardines para buscar flores silvestres y hacer hermosas guirnaldas. Bellos años que nunca retornarían.

A Audrey le encantaba pasear por los jardines con su pequeña Madelynn. Su hija era su razón de ser, no sólo porque se pareciera a ella extraordinariamente, sino porque era su consuelo, su alegría, el único regalo y recuerdo del amor de su vida.

Ahora Madelynn no era ninguna niña, era ya una hermosa y tímida joven que traía flores para su madre.

—El abuelo está más cascarrabias que nunca —confesó la joven—. La abuela... sigue con su extraña enfermedad. La tía Bertha no cambia, y Louisa y Katherine menos.

Como cada vez que la visitaba, Madelynn le contaba a su madre lo que pasaba en casa, pero sólo las cosas buenas, lo malo lo

callaba, ¿para qué preocuparla?

De nuevo sus recuerdos tornaron a su mente. Memorias de añoranzas, de días alegres, de paseos, cabalgatas, regocijos, sonrisas... y de pronto, como si un velo la cubriera, su nostalgia se convirtió en melancolía, sus ojos se llenaron de lágrimas, y su dedo índice fue paseando sobre las letras en bajorrelieve.

*Audrey Buckhurst*

*1747-1780*

Al fin no podía evitarlo. En esos ocho años y medio que habían pasado desde la muerte de su madre, años en los que ofrendaba flores a en la fecha de su cumpleaños, ese dolor que creía olvidado resurgía al recordar que ya nunca más volvería a verla.

—Te extraño mucho, mamá —dijo con voz ahogada—. Después... de tanto tiempo... todavía me pregunto... ¿por qué?

De nuevo, como cada vez que venía a la tumba de su madre, recordó el día en que ella murió, el día más triste de toda su vida.

Madelynn sólo tenía diez años. Era una tarde cálida en la que Audrey había decidido cabalgar con su hija. Los caballos de ambas estuvieron listos a tiempo, y suavemente se dirigieron a la verde y floreada pradera. Conversaron alegremente como siempre, las risas también se habían hecho presentes, pero de repente surgió algo inesperado. Un gran relámpago iluminó el cielo que de un momento a otro se había puesto gris, Pegaso, el caballo de Audrey se asustó y saltó lanzando lejos a su jinete. Madelynn corrió hacia ella quien cayó a unos metros del caballo.

—Mamá... ¿estás bien? —dijo meciéndola al ver que ella no se movía—. Mamá, por favor, respóndeme... —los ojitos violeta de Madelynn se aguaron y con sus manos tocó la cara pálida de su madre, que poco a poco se estaba poniendo fría—. Mamá... mamá...

Madelynn se abrazó a ella llorando. Tenía la esperanza de que se levantara para responderle que estaba bien, que sólo se había desmayado, que se marcharían a casa antes de que empezara a llover... pero la lluvia cayó con fuerza, y Audrey no se movió más.

—Te extraño tanto, mamá... — dijo Madelynn colocando el pequeño ramo sobre la tumba—. Te quiero...

No sabía qué decir... como siempre.

Se levantó y empezó a salir del pequeño cementerio dentro de la enorme propiedad del abuelo. Ese lugar la deprimía. Estaba lleno de fantasmas del pasado: tatarabuelos, bisabuelos, tíos lejanos... y su madre.

El cielo estaba gris y parecía reflejar el estado de ánimo de la joven, quien caminó lentamente hacia su casa recordando las borrosas horas después del accidente.

Alguien había llegado para separarla del cuerpo helado y húmedo. No se había dado cuenta que ella también estaba empapada... luego el funeral...

Y los días siguientes... los más dolorosos de toda su vida... como si le hubieran arrancado un pedazo de alma, como si le hubieran robado la sonrisa, como si la hubieran despojado de su alegría.

A veces le parecía que no era cierto, que su madre entraría en su alcoba para invitarla a caminar, para mimarla, abrazarla o decirle



lo mucho que la amaba. Pero eso nunca sucedió.

Las noches no representaban descanso porque constantemente tenía pesadillas con ella, y siempre despertaba temblorosa, asustada, con ganas de un abrazo, pero sin nadie junto a ella para dárselo.

Lo más doloroso era que las cosas no habían cambiado mucho en ocho años. Seguía temerosa, afligida y sin tener quien la abrazara y le diera una palabra de ánimo.

De repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos, cuando se sintió invadida por un torrente de agua helada que cayó con fuerza sobre su cabeza y fue bajando por todo su cuerpo, seguido por unas risas villanas.

—Madelynn... ah... lo sentimos —dijo una joven rubia de ojos grises que aparentaba inocencia—. No te vimos... es que Louisa y yo estábamos jugando... y tú apareciste de repente...

Madelynn estaba sorprendida, no por el repentino baldado de agua, sino porque la encontraron desprevenida. Había llegado al jardín posterior de la casa, pero no se había dado cuenta que allí estaban sus primas al andar tan perdida en sus pensamientos.

—Total, la culpa es tuya por aparecerte de repente —dijo la otra joven de cabello castaño—. ¿No sabes que no debes andar donde jugamos Kathy y yo?

—Yo... lo... siento —dijo Madelynn tiritando por el frío que empezaba a producirle en agua helada en su cuerpo—. Estaba... algo distraída.

—Pues más te vale que pongas atención y te fijes bien por dónde vas —dijo Kathy—, claro, eso sería mucho pedir, pues eres muy tonta, pero haz un esfuerzo, verás que no es tan difícil.

Madelynn simplemente asintió y siguió su camino. Ahora tendría que cambiarse de ropa.

Mientras llegaba a la parte trasera de la casa volvió a escuchar las risas malvadas.

—¿Viste cómo quedó? —dijo Kathy a su hermana—. Te dije que sería más fácil de lo que pensabas. Cuando va al cementerio siempre llega distraída.

—Es una tonta, cree que fue un accidente.

No habría sido necesario escuchar la conversación de las chicas para saber que había sido intencional. Madelynn no lloró, ya no lo hacía, estaba tan acostumbrada a las bromas pesadas, palabras hirientes y rabietas de sus primas que ya no lloraba cuando éstas la humillaban.

Siempre era así. Katherine, o Kathy, como la llamaban todos, era una joven rubia de ojos grises, dos años mayor que Madelynn. Era la favorita de su abuelo. Una jovencita malcriada que había rechazado cuanto pretendiente había tenido por esperar un hombre perfecto. Pero ella no actuaba sola. Siempre estaba secundada por Louisa, de la misma edad de Madelynn, sus ojos grises y su cabello castaño eran idénticos a los de su madre, su expresión de maldad también era igual.

Pero ellas no tenían del todo la culpa. En gran parte la culpa del odio de esas chicas hacia la joven era de Bertha, la madre de las chicas y tía política de Madelynn. Cada vez que podía, Bertha soltaba los comentarios y las insinuaciones más hirientes con referencia al nacimiento de Madelynn o a la misma Audrey.

Y es que el estigma de ser lo que era dificultaba mucho su

vida: no era fácil ser una bastarda en un mundo en el que se condenaban a los hijos por los actos de los padres, así que ¿por qué esperar buen trato de su tía?

Aunque Madelynn tampoco la culpaba del todo. Hacía más de quince años se había quedado viuda, y su suegro la había aceptado en su casa cuando se dio cuenta que su esposo, Henry Buckhurst, la había dejado prácticamente en la ruina al ser confiscados sus bienes por culpa de las deudas de juego. Tal vez su amargura la llevaba a desquitarse con quien más cerca estuviera, es decir, con ella.

—¿Acaso te parece adecuado pasearte por la casa salpicando agua por todas partes? —preguntó Bertha con sorna.

Madelynn había entrado al vestíbulo para subir las escaleras que la llevarían a su cuarto.

—No... tía... es que...

—Es que nada, jovencita. ¿No sabes que la alfombra y los muebles pueden arruinarse? Eres una inconsciente.

Era una mujer alta, más que sus hijas, delgada y con apariencia juvenil para su edad. Su estatura le daba más poder y autoridad y hacía sentir a Madelynn aún más insignificante.

—Lo siento, pero es que... voy a mi cuarto...

—Nada, niña —dijo furiosa—. Si quieres ir a tu cuarto, habrías subido por las escaleras del servicio antes de intentar arruinar la alfombra.

—Lo siento, no lo pensé... —dijo Madelynn dándose la vuelta.

—No lo pensaste, y por supuesto no lo sientes. Eres tan ruin y tan desconsiderada como tu madre.

Ese comentario le dolió más que la humillación vivida antes a manos de sus primas. Pero no era de extrañar, siempre sucedía, por una razón u otra el tema de su madre salía a relucir.

—Lo siento —fue lo único que ella pudo decir. ¿Para qué defenderse como cuando era una niña tonta que no sabía que siempre saldría perdedora? ¿Para qué ahondar las injurias? ¿Para qué protestar si de todas maneras saldría humillada?

Era verdad que se parecía a su madre... en el sentido físico del término. La poca gente que la veía tendía a sorprenderse al notar el parecido, hasta la llamaban *Audrey*. El cabello largo, negro y ligeramente ondulado, los ojos color violeta, la boca redonda y carnosa, la nariz respingada, su cuerpo menudo, pero de formas generosas, todo era una copia exacta de lo que había sido su madre a su edad.

Pero su modo de ser era distinto. Madelynn no era temeraria, ni avivada, ni mucho menos osada o valiente como Audrey. Ella era más bien tímida, callada, temerosa de la ira de su abuelo o su tía.

Hasta cuando murió su madre, era una niña alegre, y valiente, pero al hacerle falta ésta, se convirtió en un ser apocado y disminuido por la falta de afecto y las humillaciones de su familia.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día? —preguntó la mujer—. ¿Vas a seguir arruinando la alfombra?

—No —dijo la muchacha antes de pensar hacia dónde dirigirse para que su tía no la regañara más.

—Por la escalera del servicio, jovencita —dijo la mujer al ver la indecisión de Madelynn, así que ella sólo obedeció. Salió del vestíbulo, dio la vuelta a la casa y entró por la cocina. Estaba a punto

de subir las escaleras, cuando una airada voz la detuvo.

—¿Dónde estabas holgazaneando? ¿Y por qué vienes con la ropa mojada? —la voz de su abuelo llegó desde atrás.

*No puede ser*, pensó la chica sintiendo que el miedo se apoderaba de ella, como siempre que estaba ante la presencia de Eugene.

—Abuelo... yo... no estaba holgazaneando... es que hoy... es el cumpleaños de mamá... y fui a visitarla al cementerio...

—¿Y por eso vienes con la ropa mojada? —preguntó él furioso.

—No... bueno, la ropa mojada... fue un accidente...

—Como siempre haciendo tonterías —la interrumpió para no escuchar su explicación.

Madelynn no sabía por qué lo decía, si por ir al cementerio o por su atuendo. Tampoco lo preguntó, sólo habría ganado otro regaño.

Se giró para avanzar de nuevo en su camino hacia el piso de arriba.

—No te he dado permiso para retirarte.

—Lo siento, abuelo —dijo bajando la mirada y regresando a su posición.

—Cada vez te pareces más a ella —dijo mientras la miraba fijamente.

Eugene Buckhurst era un hombre viejo, pero aun robusto y lleno de salud. Su estatura intimidaba, sus verdes y fieros ojos podían destruir, su voz firme podía provocar tormentas, y su andar seguro podía hacer temblar la tierra.

—¿Por qué no puedes ser diferente a ella? —dijo con ira—. ¿Por qué eres igual de tonta y desobediente?

—Abuelo... yo...

—Cállate. Te dije que tenías prohibido ir al cementerio.

—Pero es que hoy era su cumpleaños...

—Ya sé que era su cumpleaños, ¿crees que no lo recuerdo?

—No es eso... es que pensé que por ser hoy...

—Ni hoy ni nunca. Eres una chica desobediente, tanto como lo era ella —su voz tomó visos de ira—. Nunca fue una buena hija. Nunca me obedeció. ¿Por qué no pudo ser como Henry?

Su hijo Henry siempre fue el favorito de Eugene, predilección que pasó a sus nietas cuando murió éste. Parecía que el abuelo no se daba cuenta de que Henry no era lo que él creía. Henry era jugador, bebedor e infiel. Pero Eugene lo tenía en más alta estima que a su hija.

—¿Y por qué tú no puedes ser como Kathy? ¿Por qué eres tan rebelde?

Si había algún calificativo que no se podía aplicar a Madelynn era *rebelde*. La sumisión de la joven era extrema, tanto que aun si era castigada injustamente, pedía disculpas y aceptaba el castigo con fortaleza.

—Me he esforzado para que no seas una perdida como ella, pero cada día que pasa te empeñas en ser como tu madre.

Volvían a lo mismo de siempre.

Cada vez que había oportunidad, el abuelo reiteraba que Audrey era una perdida, que había sido desobediente, que estaría en el infierno por haber parido una bastarda... y que Madelynn seguiría

su camino.

—Ella fue una inconsciente y tú eres igual. De nada sirve todo lo que te he dado.

*Nunca me has dado nada*, pensó Madelynn. O sí, le daba desprecio, desamor... intolerancia.

—Desaparece de mi vista, no quiero que sigas recordándome a la inmoral de tu madre —añadió él.

Madelynn agradeció al cielo en silencio que esta vez el abuelo la liberara de su tortura verbal pronto.

Tampoco lloró esta vez. Estaba tan acostumbrada a los improperios del abuelo hacia su madre, que ya no le dolían, y sólo rogaba a Dios que la tortura durara poco, como esa vez.

Subió las escaleras cansada física y emocionalmente. La ropa estaba pesada y cada vez sentía más frío, y su alma también estaba pesada y fría.

—¿Audrey, jugando de nuevo en el lago?

Madelynn se giró al reconocer la voz de su abuela.

—Abuela... no soy Audrey... ella es mi madre. Y no, no jugué en el lago... si estoy mojada es porque... tuve un accidente.

—Que tonterías dices, Audrey... tu madre soy yo...

Madelynn era la única persona que en casa tenía paciencia suficiente para llevar la enfermedad de su abuela.

Beatrice Buckhurst, una robusta ancianita de cabello gris y rostro adorable, desvariaba: no sabía lo que decía ni reconocía las personas con las que estaba. Por épocas, se ponía un poco mejor y no decía tantas incoherencias, pero ahora deliraba nuevamente. Era como si gran parte de su pasado se hubiera esfumado de su cabeza.

—No, abuela... — dijo Madelynn sonriendo—. Audrey es tu hija... yo soy tu nieta... fui al cementerio a llevarle flores... hoy es su cumpleaños.

—¿Mi cumpleaños?

—No —dijo Madelynn sonriendo por fin. Su sonrisa era preciosa, pero sólo aparecía de vez en cuando y cuando lo hacía era tan esporádica que en unos cuantos segundos desaparecía—. El cumpleaños de Audrey, tu hija.

—¿Estás cumpliendo años, Audrey? ¿Por qué nadie me lo había dicho?

—Abuela...

—Iré a regañar a Eugene por no avisarme... ¿dónde está tu hermano? Debería estar aquí para tu cumpleaños... Henry... Henry ven aquí, es el cumpleaños de tu hermana... — dijo Beatrice mientras desaparecía por el pasillo.

Madelynn nada podía hacer. Cuando a su abuela se le metía una idea en la cabeza, nadie se la sacaba.

Entró en su habitación. No era la más grande ni mucho menos la mejor de la mansión Buckhurst en el encantador condado de Oxford, aunque tampoco podía decir que era la peor. Sin embargo, estaba alejada de la del resto de la familia. Su cama ocupaba el centro de la habitación, y cerca de allí, había una ventana desde donde Madelynn pasaba las noches insomnes mirando las estrellas. Tenía un tocador pequeño, heredado de su madre, y también una cómoda que le hacía juego. Enseguida estaba el vestidor que guardaba su ropa. El decorado era sencillo pero bonito, en tonos rosa y blanco que le agradaban mucho.



Fue tiritando hacia su vestidor y allí miró sus vestidos por algunos minutos. Su guardarropa no era muy abundante, pero era bonito, a ella le gustaba; claro que no era como el de Kathy o el de Louisa, pero ¿qué más podía pedir una bastarda que vivía escondida?

Hacía tres años había sido la temporada de Kathy y el año anterior el de Louisa y a las dos les habían comprado los vestidos más bellos y elegantes que Madelynn hubiera visto jamás...

Pero ella jamás tendría una temporada, jamás viajaría a Londres, jamás encontraría un esposo. ¿Quién querría casarse con una bastarda? Además, no la llevarían a una temporada, nunca lo habían hecho y nunca lo harían. ¿Cómo hacerlo si ella era simplemente la ilegítima de la hija perdida de un lejano descendiente de un conde?

Después de pensarlo unos segundos, decidió tomar un vestido verde y comenzar a quitarse el vestido húmedo mientras su mente volvía a lo mismo de siempre.

Ser bastarda era el lastre más pesado que Madelynn tuviera que cargar. Mientras su madre vivió, jamás dejó que la humillaran o la despreciaran por su origen. Audrey reñía a todo el mundo, incluido su padre, si pronunciaba esa palabra frente a ella, pero cuando Madelynn creció ya no hubo nadie para defenderla; le restregaban su origen en el rostro como si ella tuviera la culpa y ella, al ser sólo una niña, no podía defenderse con la fuerza con la que lo había hecho Audrey. Después, cuando creció, todo ánimo para defenderse había menguado de su esencia; simplemente no sabía cómo hacerlo.

Cada día sus parientes daban más muestras de no tolerarla ni de aceptarla entre ellos. Siempre la humillaban cuando estaba cerca,

así que durante muchos años, su única vía de defensa había sido esconderse y huir de ellos.

Mientras terminaba de cambiarse la ropa, pensó en su madre, que era la única persona que realmente la había amado. Ella era su verdadera familia, pero por desgracia había muerto.

Lo cierto era que Madelynn era una bastarda, nacida de una aventura amorosa de Audrey. La mujer nunca les había revelado el nombre de quien la había dejado embarazada, y, a pesar del desprecio y la presión, nunca había abandonado a su hija y la había amado ante todo y a pesar de todo.

Pero Madelynn jamás se le ocurrió siquiera juzgar o culpar a su madre por nada: la amaba y la respetaba, pues era una mujer amorosa que hubiese dado incluso la vida por su hija. Audrey no la trataba como tonta y le confiaba todo. Cada vez que Eugene mencionaba el origen de Madelynn, Audrey la abrazaba y después de un rato le decía: *no eres eso que él dice. Tú eres la hija del amor, tu padre y yo nos amábamos tanto, que tú naciste aun sin que estuviéramos casados. Para mí eres lo más precioso, Mady.*

Su madre había sido la única persona que la amaba... bueno, aparte de su abuela, que vivía más en un mundo de olvidos que en el real.

Cuando terminó de cambiarse, se cepilló su larga y hermosa cabellera para que se secase, y al verse reflejada en el espejo no pudo hacer menos que pensar de nuevo en el parecido físico asombroso que tenía con su madre.

Tal vez era por eso que su abuelo y su tía la despreciaban tanto. Acaso en ella veían a la mujer que había puesto en entredicho el buen

nombre y la honra de la familia. Quizás por eso en ella se vengaban de todos los errores que su madre había cometido.

Estaba cansada. Con un suspiro se recostó en la cama y fantaseó con lo que le gustaba fantasear siempre: un hombre guapo que llegaba un día para decirle que la amaba y que quería casarse con ella sin importar que fuera una bastarda. Luego la ponía sobre un hermoso caballo blanco y se dirigían a su magnífica mansión donde le prometía que ya nunca más se vería sometida a los desprecios de su familia porque su amor funcionaría como escudo protector contra toda la maldad...

Claro que no era cualquier hombre... era ese hombre.

Sonrió. Siempre que pensaba en él sonreía. Era como si con sólo imaginarlo las cosas horribles desaparecieran de su mente.

Era tan guapo... rubio, ojos color agua, y tan alto y fuerte. Además de esa piel tostada, esa voz varonil y a la vez dulce y esa sonrisa que había hecho que cualquiera se derritiera.

Era verdad que sólo lo había visto tres veces en toda su vida, y de lejos, pero no podía dejar de pensar en él y preguntarse cuándo lo volvería a ver. También era verdad que sólo pudo espiarlo pocos segundos desde la baranda superior de la escalera, pues Madelynn tenía terminantemente prohibido salir de su cuarto cuando había visitas en casa.

Pero eso no le había impedido verlo. La primera vez había sido hacía más de un año cuando había llegado a la mansión a ver a Eugene. Como siempre, Madelynn fue enviada a su cuarto y al llegar a la galería superior no había podido evitar echar un vistazo al dueño de la extraordinaria voz que llegó hasta ella.

Las otras dos veces también habían sido así. Sólo vistazos a escondidas: la última hacía casi seis meses.

Madelynn suspiró y se levantó de la cama. ¿De qué le servía soñar con lo que no podía tener?

Ese hombre, no era nada más ni nada menos que Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon, amigo de su abuelo y dueño de las tierras vecinas. Era lógico que lo visitara de vez en cuando siendo su vecino, y también era lógico, que trataran de ocultarle la existencia de la vergüenza más grande de la familia.

Sonrió desesperanzada y apretó contra su pecho su almohada pensando en él de nuevo, intentando ahogar sus fantasías: el caballero en cuestión jamás vendría, ni le diría que la amaba, ni se casaría con ella, ni la salvaría.

Volvió a estar tan consciente de la realidad como siempre: estaba completa e irremediabilmente sola.

## Capítulo 2

—¿Me dirás ahora de quién es la dichosa carta?

Georgette Burton se levantó de la cama sin disimular su molestia y ansiosa por saber las nuevas que traía la misteriosa carta que Richard había recibido en la mañana. Empezó a recoger la ropa que había caído al suelo para comenzar a ponérsela con desgana.

—No puedo creerlo —dijo Richard indignado—. ¿Por qué no intentas fingirlo, aunque sea?

También se levantó de la cama. Estaba furioso, se notaba en el modo en que tomó los pantalones y se los puso.

—Sabes que no me gusta, que nunca me ha gustado, que lo hago sólo por ti...

—¿Acaso es tan desagradable como era con tu marido?

—No... claro que no... con él era horroroso, pero... aun así...

—Aun así, eres incapaz de sentir placer en una cama.

Georgette Burton era una preciosa mujer rubia, alta y muy delgada. Sus ojos azules mostraban una ingenuidad que era absolutamente falsa. Era viuda. Sus padres la habían obligado a casarse cuando tenía tan sólo catorce años con un hombre de cuarenta y seis. Doce años después de su repugnante matrimonio, su esposo murió, y al estar también muertos sus padres, sólo se pudo refugiar en casa de su primo lejano, Richard de quien se había convertido en

amante al poco tiempo.

—No sé cómo una mujer puede disfrutar de eso... —dijo algo enfadada—. Es horrible.

—Hace dos años cuando llegaste a esta casa y te convertiste en mi amante no actuabas así...

—Bueno... no podía, me habrías lanzado a la calle...

—Sí... sólo fingías —dijo paseándose aburrido por el cuarto de ella.

Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon era un hombre joven, fuerte y sano que gozaba de las relaciones sexuales cada vez que podía. Por eso no comprendía que Georgette no lo disfrutara. Él no podía satisfacerse plenamente si su amante no lo hacía. Nunca, ninguna mujer se había quejado de él en la cama. Conoció a varias desde joven y ninguna se quejó, incluso hubo algunas que lo admiraban por su fuerza y habilidad para complacerlas. ¿Entonces, qué le pasaba a Georgette?

—No sé por qué lo haces —dijo él.

—Ya te dije, lo hago porque sé que a ti te gusta.

—Me siento como un inútil —dijo mientras se ponía el resto de la ropa con furia—. Me siento como alguien que no puede complacer a su amante y de verdad lo detestaba.

Richard era extremadamente guapo, con la piel dorada, los ojos azules y el cabello rubio: todo un Apolo. Todas las jovencitas casaderas desde hacía varias temporadas habían intentado atraer su atención. No era tan rico y poderoso como otros hombres, pero era guapo y el ser el marqués le daba un atractivo extra. Su metro noventa de estatura le confería un aire de fuerza y grandeza que

complementaba su atractivo físico. Su gentileza y buenas maneras eran algo que cuantas lo conocían admiraban, y su agradable conversación era la guinda en el pastel.

Así que no comprendía qué le pasaba a Georgette. Ella le había relatado las horribles experiencias vividas junto a su marido, pero pensó que, con el tiempo y la seducción, ella respondería de otra forma. No obstante, no fue así. Y odiaba no darle placer a Georgette porque eso bloqueaba su propio goce.

—Querido, sabes que el problema es mío no tuyo, no tienes por qué sentirte mal —dijo ella—. Mi marido nunca se sintió culpable por lo que me hacía, y créeme, lo que hacemos nosotros, parecería un juego de niños a comparación de lo que él me obligaba a hacer.

—Es que ese es el punto, Georgette, a mí sí me gusta que mi amante disfrute de mi cuerpo tanto como yo disfruto del de ella. No como tu marido que disfrutaba verte sufrir.

Observó a Georgette mientras se vestía con gesto indolente y le decía con simpleza.

—No sé por qué te quejas tanto ahora, querido, si obtienes tu placer lo demás no debería importarte. Creo que, en realidad, lo que te tiene de mal humor es la carta. ¿Qué sucede? ¿Qué dice?

Richard le lanzó una mirada asesina. Podría ser una frígida, pero era astuta y lo conocía bien.

Sí. Esa carta lo había dejado estupefacto.

—No quiero hablar de eso por ahora. Por favor, vete, déjame solo.

—Como quieras —dijo la joven rubia antes de salir.

*Ni siquiera ruega para quedarse, pensó Richard molesto.*

Con los pantalones puestos y la camisa sin abotonar, se dirigió a su licorera y sirvió una copa de whisky. Antes de sentarse de nuevo tomó la carta enviada esa mañana por Eugene Buckhurst.

*Querido Richard,*

*Ha pasado el tiempo y aún no me das la respuesta definitiva que necesito. Te hice una propuesta el verano pasado y dijiste que para Navidad habrías tomado la decisión. Sin embargo, ya se ha finalizado enero y tú aún no me dices si aceptas o no.*

*Ya sabes que esas tierras son muy importantes para ti, es el legado de tu padre, las tierras que por derecho le pertenecían y que sin embargo insistió regalarle a mi díscola hija. Sabes que estoy dispuesto a devolvértelas, así que decídete pronto.*

*Te espero.*

*Eugene Buckhurst.*

Lo cierto era que estaba en una sin salida.

Durante mucho tiempo las tierras de los Buckhurst habían colindado con las de su familia, las relaciones entre ellos eran cordiales y jamás había existido ningún problema. Hasta que Theo, el padre de Richard, se había enamorado de la joven hija de Eugene, Audrey.

Theo era un hombre maduro y viudo, tenía un único hijo pequeño, Richard, por quien no mostraba el más mínimo afecto. La belleza de Audrey Buckhurst lo había deslumbrado hasta tal punto que lo llevó a pedir su mano desde que la joven tenía diecisiete años,



asunto al que Eugene accedió encantado.

Pero la cosa no había sido tan fácil. Audrey nunca quiso aceptar la propuesta argumentando que no lo amaba. Theo, que no estaba dispuesto a perder a Audrey, le regaló cinco hectáreas de tierra que colindaban con el terreno de su padre –aprovechando el vigésimo segundo cumpleaños de la joven– en un vano intento por conquistar su afecto, pero la muchacha rogó a sus padres que la enviaran a un convento en Francia, pues aseguraba desear ser religiosa y dedicar su vida a Dios. Poco tiempo después, Audrey viajó a un convento en París.

Cuando Theo le reclamó las tierras a Eugene, este se las había negado arguyendo que Audrey sólo había ido a un retiro espiritual y que volvería más que dispuesta a casarse. Unos cuantos meses después de su viaje a Francia, la muchacha había vuelto y se había casado con Theo, quien poco tiempo después descubriría que Audrey había vuelto de Francia embarazada.

El hijo no podía ser de Theo, pues Audrey no había dejado que él la tocara. Un mes después de la boda, la muchacha, y bajo la presión de las evidencias que no se podían ocultar, confesó la verdad. Theo, humillado y enfurecido, la había devuelto enardecido a la casa de su padre y había pedido la anulación del matrimonio; y el asunto de las tierras había quedado en segundo plano.

Hasta ahora, que parecía que el viejo Eugene se había vuelto loco.

Richard sabía que era un hombre ambicioso y que, desde siempre, siendo un descendiente casi perdido de un conde, había querido volver a su posición a través del matrimonio de su hija. No

lo había logrado, así que ahora urdía un plan para hacerlo casar a él con una de sus nietas.

Richard se levantó de su silla furioso y comenzó a pasearse por la habitación. El sol se estaba poniendo y las sombras comenzaban a reinar en el lugar.

Hacía casi seis meses, Eugene lo había buscado para proponerle un trato: si él se casaba con alguna de sus nietas, le devolvería las tierras que su padre le había regalado a Audrey. Cuando Richard le dijo que no tenía intención de casarse por el momento, Eugene se había jugado su última y más poderosa carta: si Richard se negaba, vendería esas tierras a Bertrand Casheir, hijo de la histórica familia enemiga de los Arbuckle.

El problema había empezado hacía muchos años, por algo que ya ninguna de las dos familias recordaba bien. Lo que sí recordaban era el pleito. No se toleraban, y Eugene se había aprovechado de eso para presionar.

Estaba entre la espada y la pared: o se casaba con una de las nietas de Eugene, o tendría de vecino a uno de sus históricos enemigos.

Dejó la copa sobre la mesilla junto a la cama y se meció los cabellos. Era verdad que algún día debía casarse y darle un heredero al apellido Arbuckle, pero no quería hacerlo por ahora, ni mucho menos con alguien que él mismo no pudiera elegir.

Además de eso estaban las nietas de Eugene: una era una preciosidad hueca y superficial que sólo sabía pestañear y decir tonterías; la otra era una muchacha opacada por su hermana que sólo sabía sonreír y asentir a todo lo que se le decía.

La madre de las muchachas era una completa bruja: manipuladora, pretenciosa y ambiciosa. Richard sabía que casarse con una de las hijas era adquirir también a la madre y la hermana, y sabía que una vida con ellas no era la mejor opción.

No quería perder esas tierras, no podía, pero tampoco podía casarse con alguien a quien no visualizara como la madre de sus hijos, y ciertamente ninguna de las jóvenes estaba en sus planes.

Richard volvió a pasearse por la habitación tratando de tomar una decisión que fuera la más adecuada para sí en el futuro. Volvió a llenar la copa que había dejado sobre la mesa y pensó en la otra opción.

Por un momento, deseó que las cosas hubieran sido distintas. Si Audrey no hubiera muerto, esas tierras seguirían siendo suyas y tal vez podría negociarlas con ella. O si el hijo que había tenido tampoco hubiera muerto, esas tierras le pertenecerían.

Pero lo cierto era que ni ella ni su hijo vivían y las cosas no podían ser diferentes.

Richard esbozó una sonrisa triste al recordar a Audrey. La conoció cuando se casó con su padre y vivió con ellos casi un mes: una muchacha muy bella, con ojos violeta y sonrisa angelical; con una mirada melancólica y serena, pero valiente y decidida incluso para enfrentarse al mismo Theo.

Recordó a su padre, su infancia y esos días en que Audrey había llegado a sus vidas para darles un giro.

Theo Arbuckle había quedado viudo a los dos años de matrimonio, justo una semana después de que naciera su hijo. Jamás supo cómo era la relación entre él y su madre, pues nadie hablaba de

ella, era un tema prohibido. Lo que sí sabía era que su relación con su padre jamás fue buena.

Y es que el carácter tosco y dominante de Theo parecía atemorizar hasta el hombre más fuerte. Gritaba si no se le complacía y golpeaba al que no le obedecía. Los primeros diez años de la vida de Richard habían sido de gritos y constantes incomprensiones, pues su padre jamás le dirigió una mirada tierna, una sonrisa, una palabra de cariño, un abrazo, un beso. Esas cosas, según Theo sólo lo harían débil y tonto.

Richard observó el sol ocultándose y se dijo que, si Audrey no hubiera llegado a su vida, tal vez ahora sería igual o peor que su padre.

Recordó el día de la boda, el único en muchos años en que vio sonreír a su padre. Todo parecía alegre, menos la novia. Se habían conocido ese día y la muchacha le había ofrecido una sonrisa, tal vez la primera sonrisa sincera que le habían otorgado en su existencia.

La verdad era que Richard no sabía nada de la boda de su padre hasta ese mismo día, y durante muchos años no se enteraría de la verdad. ¿Quién le haría confidencias tan importantes a un niño de diez años? Él sólo supo que a su casa había llegado una joven que no lo ignoraba ni lo hacía a un lado como los demás.

Dos días después de la boda, ella lo había encontrado en un pasillo. Como era costumbre, Richard se había girado para marcharse, pues con su padre siempre tenía que hacerlo. Sin embargo, ella se había acercado.

—Richard —había dicho con su voz suave y melódica.

El niño se había girado temeroso, pero en lugar de encontrar

un ceño fruncido y una tanda de insultos, se encontró con una sonrisa.

—Hola —había dicho ella.

—Ho... hola.

Audrey estaba ahora más cerca y lo miraba con bondad y ternura, algo que nunca antes había tenido de nadie.

—¿Por qué no te vi ayer? ¿Dónde estabas? —preguntó ella.

Pero él nada había contestado.

—Richard, ¿qué pasa? ¿por qué no me contestas?

—Es que... yo... —había titubeado.

Audrey se acercó más aun, y tomó en sus manos un rubio mechón.

—¿Me tienes miedo? No debes tenerlo, yo jamás te haría daño —había dicho sonriendo.

Y entonces Richard le había sonreído.

—Qué guapo te ves cuando sonríes —le había dicho ella—. Así quiero verte siempre, sonriendo —dijo acariciándole el rostro.

Pero tanta felicidad no podía durar mucho. Theo había llegado justo en ese momento.

—Si lo tratas así se convertirá en un afeminado —había dicho. Entonces Audrey se había girado y lo había enfrentado.

—Y tú quieres que sea igual de amargado y dominante que tú ¿verdad?

—No te permito que te inmiscuyas en el modo en que educo a mi hijo.

—Y yo no te permito que le destruyas la vida a él como me la destruyes a mí.

Richard jamás había visto a nadie enfrentar a su padre. Y habría pensado que por esas palabras Audrey sería duramente castigada, de manera igual o peor que esas otras mujeres que había traído su padre.

Pero Theo sólo había reído y se había alejado.

Desde ese día su relación con Audrey había sido especial. Conversaban, jugaban, Audrey le hablaba de Francia, de caballos y de muchas otras cosas. Era la única que no lo había tratado como a un tonto o a un enfermo y su cariño por ella creció tanto que secretamente deseó que en realidad fuera su madre.

Recordó en especial una tarde en la que ella le había demostrado que su cariño hacia él era real.

En esos días su padre estaba más irritable y furioso que nunca, años más tarde había analizado que la fiera y férrea decisión de Audrey de no consumir el matrimonio lo había llevado a ese estado. Era una tarde en que Audrey y Richard conversaban sobre algo que ya había olvidado. Su padre había entrado al cuarto de juegos y había arremetido verbalmente contra él. Audrey furiosa, le había reclamado y sin mediar palabra, Theo se había acercado a Richard para descargar su ira contra él de manera física. Pero entonces, Audrey se había interpuesto entre ellos y había detenido la mano de su padre con la suya.

—No te permitiré que lo toques —había dicho ella furiosa.

—Y yo no te permitiré que me digas qué hacer en mi casa.

Theo la había tomado por los hombros y ella sólo había gritado.

—¡Vete, Richard, corre!

El niño había huido para dejar tras de sí los sonidos de una paliza que esa vez no había estado dirigida a él.

Ahora que pensaba en eso, se dijo que había sido un pequeño cobarde. Había dejado a Audrey sola para cargar con la ira de su padre. Pero eso era algo que un niño de diez años no pensaba.

Recordó que horas más tarde, había ido a la habitación de Audrey que estaba muy silenciosa. Allí estaba ella, sentada sobre su cama llorando. Al verlo allí, en la puerta, ella había estirado su mano hacia él para que fuera junto a ella y al sentarse allí, ella lo había abrazado.

—¿Te golpeó muy fuerte? —preguntó Richard.

—No... no mucho —había mentido ella, él sabía que era mentira, pues su padre golpeaba muy fuerte.

—Fue por mi culpa —había dicho él triste.

—Claro que no. Fue por culpa de Theo. La gente no debe golpear a nadie.

Habían permanecido abrazados y en silencio por mucho tiempo, hasta que él se alejó un poco y vio uno de los ojos hinchados, una mejilla cortada y los labios rotos.

—¿Te duele?

—Ya se me pasará.

—Te quiero mucho, Audrey.

—Y yo te quiero, Richard —había dicho ella. Después de una pausa siguió—. Prométeme algo.

—¿Qué?

—Que jamás serás como él. Prométeme que serás un buen hombre, que ayudarás a la gente, que cuando te cases amarás a tu

esposa y a tus hijos y, sobre todo, que nunca golpearás a una mujer.

—Te lo prometo —había dicho sin titubear.

—Gracias —había dicho ella tratando de sonreír, pues el dolor al mover el rostro no se lo permitía.

—¿Te vas a ir? —había preguntado entonces Richard. No sabía por qué había hecho la pregunta, si por la promesa pedida por ella o porque en el fondo sabía ella que no resistiría mucho junto a su padre.

Ella sólo había asentido.

—Me gustaría que me llevaras contigo.

Audrey lo había abrazado fuerte contra su pecho.

—Yo también lo desearía —había dicho—. Estaríamos los tres y seríamos una familia feliz.

—¿Los tres? —había preguntado él.

—Quise decir los dos —había dicho ella. Años después Richard comprendería que ella se refería a su hijo aún no nacido.

—Papá no nos dejaría ser felices —había dicho él.

—Tal vez...

Esa noche Richard no se había apartado de ella y se había quedado dormido sólo para ser despertado por la voz tosca de su padre.

—Levántate, zorra. Prefieres dormir con cualquier macho, hasta con un niño, con tal de no dormir con tu marido.

Aún no había amanecido, pero Theo ya estaba allí.

Audrey se había levantado rápidamente y con su cuerpo protegía el del pequeño.

—Vamos, es hora de devolvete a tu padre. Jamás debí fijarme



en ti.

Después de eso, Theo había sacado a la muchacha casi a rastra y había sido la última vez que había visto a Audrey.

Luego del incidente, era prohibido mencionarla y ni siquiera los criados hablaban de lo sucedido a hurtadillas. Meses después había sido enviado a un colegio y diez años después, cuando Theo murió, pudo volver a casa y conocer toda la verdad. Sin embargo, era una victoria a medias, pues Audrey también había muerto.

Había deseado volver a verla, hablar con ella y ayudarla si lo necesitaba. Pero sólo se había encontrado con la noticia de que ya no vivía y que había tenido un hijo bastardo que había nacido muerto.

¿Cómo podía una mujer tan buena haber nacido de un tipo tan asqueroso como Eugene?

Richard se levantó y caminó nervioso de nuevo. No quería aceptar la proposición de ese viejo manipulador y malvado.

¿Y qué si dejaba que Bertrand Casheir se quedara con las tierras? ¿Qué podría hacer ese hombre? La enemistad era más algo heredado y simbólico que algo real, existía más por guardar el orgullo de la familia y conservar una tradición que por un real resentimiento. Si bien era cierto que su padre se habría enfadado al saber que ahora esas tierras pertenecían a su familia enemiga, también era verdad que Richard no tenía ningún motivo por el cual preservar los deseos de un hombre que jamás lo amó...

Quizás lo mejor era dejar que el viejo Eugene hiciera lo que bien le pareciera. Si recuperar las tierras implicaba tener que arrastrar el resto de su vida con una de esas jovencitas y la madre –además de la hermana, mientras lograba conseguirle un marido- era mejor no

recuperarlas, su libertad y su libre elección no podían ser ignoradas; se casaría con quien quisiera y cuando llegara el momento.

Richard apuró el último trago decidiendo finalmente que rechazaría la propuesta de Eugene: la había estudiado mucho tiempo, la había analizado y después de poner en una balanza todos los pros y los contras, se había dado cuenta de que era mejor tener a un enemigo de vecino que tenerlo en la cama...

Se dijo, sin mucho convencimiento, que no le daría más largas a algo que debía haber decidido hacía mucho tiempo: iría a hablar con Eugene y rechazaría su propuesta.

Sólo rogó al cielo que fuera la opción menos perjudicial.

### Capítulo 3

La mañana era soleada, aunque algo fría. El ánimo de Madelynn estaba un poco bajo, pues en esas fechas recordaba a su madre más que nunca y se dolía por no tenerla consigo.

Para sentirse menos sola, solía ir al desván donde se guardaban las cosas viejas para contemplar sus juguetes de la infancia y los objetos personales de Audrey. Eso también la hacía sentir que su madre seguía con ella de cierta manera.

Así que allí era donde estaba Madelynn: sentada en el suelo del desván, frente al gran baúl abierto donde había muchas cosas del pasado. Las faldas del vestido azul claro se arremolinaban junto a ella ensuciándose con todo el polvo que era evidente que nunca limpiaban. Pero eso a ella no le importaba, sólo quería estar en aquel lugar.

Lo primero que sacó de ese baúl fue una muñeca de trapo que su misma madre le había hecho. Audrey decía que se parecía a ella, pues también tenía el cabello negro, y los ojos de color violeta, pero Madelynn se dijo que la muñeca era mucho más bella, pues tenía un hermoso vestidito de terciopelo verde esmeralda que combinaban con la blancura de la piel.

Madelynn acarició su viejo juguete y sonrió. Podía casi oír las palabras de su madre y ver su precioso rostro. Ver y tocar aquellas

cosas la hacían sentirse muy cerca de ella. Pensó que debía tener ese objeto junto a ella, y decidió que lo llevaría a su alcoba consigo.

De repente salió de sus pensamientos de un modo muy violento; alguien le había arrancado la muñeca de las manos.

Alzó la vista azorada y vio el rostro burlón de Kathy que observaba con desdén el objeto.

—Kathy... —dijo Madelynn.

—¿Qué es esto tan feo? —preguntó la otra burlándose.

—Es mi muñeca, dámela —dijo ella estirando la mano hacia su prima que dio un paso hacia atrás para no dejarse alcanzar.

—¿Muñeca? Yo diría que es un trapo viejo.

Madelynn se levantó del suelo y trató de acercarse a su prima que buscó la manera de alejarse.

—Dámela, Kathy.

—No, esa no es manera de pedir las cosas.

Madelynn sabía que su prima no se lo dejaría fácil.

—Por favor, Kathy, dame mi muñeca —dijo en tono suplicante.

—¿Y qué me darás a cambio? —dijo altiva la joven.

—Lo que quieras, pero dámela.

—Mm... creo que no —dijo la joven antes de salir corriendo con el objeto que Madelynn tanto quería.

La reacción de Madelynn no se hizo esperar. Sabía que, si perdía a su prima de vista, sería capaz de esconder su muñeca o tirarla a los despojos. Así que corrió tras ella.

—Kathy, Kathy, dame mi muñeca.

—No —respondió canturreando con sorna.

Kathy corrió escaleras abajo con el preciado juguete y Madelynn la siguió rogándole que le devolviera lo que era suyo. Después, la joven atravesó un pasillo y siguió por toda la planta baja con Madelynn tras ella.

—Dámela, por favor.

—No. Es un objeto viejo y sucio, además de feo, debe ir a los desechos.

—No, dámela —rogaba la joven que estaba al borde de las lágrimas.

—Atrápame si puedes —dijo Kathy antes de echarse a correr con la clara intención de salir al jardín.

Madelynn corrió tras ella, pero sus intenciones se frustraron al tropezar con el borde de su vestido. Al sentir que iba a caer, la joven alargó su mano hacia una de las mesitas, pero en lugar de evitar la caída, también propició la del mueble que sobre sí llevaba un jarrón; por supuesto, se hizo pedazos produciendo un estrepitoso ruido. Al notarlo, Kathy regresó y comenzó a reír.

—¿Qué es todo ese ruido?

Madelynn oyó la voz de su abuelo justo tras ella. Sabía que estaba perdida. Cuando reñía con Kathy o Louisa él siempre les daba la razón. Se levantó del suelo rápidamente y se giró para verlo, sin embargo, su abuelo no estaba solo. Allí estaba... estaba... estaba... él.

Richard Arbuckle. Tan alto y tan guapo como siempre. Madelynn sabía que debía pronunciar unas palabras de disculpas y desaparecer antes de que él supiera quién era ella, pero sencillamente no podía; moverse era imposible, no mirarlo era imposible.

Él también la observó.

Y no sólo eso. En un segundo estuvo frente a ella y la tomó por los hombros.

—Audrey —dijo con esa voz varonil—. Audrey —repitió casi hipnotizado.

Luego, Richard estrechó contra su pecho a Madelynn y la envolvió en sus musculosos brazos. El mundo pareció detenerse.

Sólo su madre la había abrazado, y la abuela cuando estaba lúcida, cosa que no sucedía a menudo.

Así que hacía mucho que no sabía qué era un abrazo. De todas maneras, sabía que este era diferente, porque era él quien la abrazaba. A su nariz llegó el aroma masculino mientras sentía una calidez extraña y agradable, algo que jamás había experimentado. Esos brazos fuertes y poderosos la protegían y se dijo que jamás nada malo le pasaría si permanecía allí.

El gesto sólo duró unos segundos y de nuevo la tomó de los hombros para mirarla con detenimiento.

—No, Richard, ella no es Audrey —dijo Eugene rompiendo el silencio del momento.

Richard frunció el entrecejo. Era idéntica... pero no era ella... No podía ser Audrey, pues era muy joven, casi una niña. ¿Quién era? Richard la soltó y se giró a Eugene, quien no dio más explicación.

—Madelynn, vete a tu habitación —dijo Eugene furioso.

La joven fue consciente del error que había cometido: una visita del abuelo la había visto y de seguro sería castigada por ello. Madelynn soltó un suspiro y se giró para marcharse.

—Un momento —la detuvo la voz de Richard—. ¿Quién eres?

¿Por qué te pareces tanto a Audrey?

Madelynn se giró para observarlo y vio que él la contemplaba fijamente, absolutamente asombrado por el parecido. Durante uno segundos no hubo respuesta. El silencio reinó en el lugar, como esperando a que algo sucediera.

—Ella era mi madre —dijo la joven al ver que nadie más decía nada—. Por eso el parecido.

Después de soltar las palabras, sabía que vendría una terrible reprimenda de su abuelo, pues ante el mundo, el hijo que había tenido Audrey estaba muerto. Lo mejor era irse, escapar antes de que la ira de su abuelo estallara. Hizo una reverencia y masculló una disculpa antes de salir corriendo, olvidando incluso la muñeca por la que había sucedido todo aquello.

Richard estaba atónito. ¿La hija de Audrey? ¿Acaso el hijo de Audrey no estaba...? ¿O acaso a esta la había concebido después de...? ¿Qué edad tenía esa chica? ¿Diecinueve, diecisiete, menos? Y si era verdad que era hija de Audrey implicaba...

—Creo que debe explicarme muchas cosas, Eugene —dijo Richard girándose al hombre—. Parece que me ha ocultado información importante.

El rostro de Eugene estaba lívido de angustia y furia. Sin hacer caso a Richard miró intensamente a su nieta Kathy que también estaba allí y había presenciado todo en silencio.

—Te dije que la obligaras a encerrarse en su cuarto.

Kathy titubeó. En cuanto había llegado Richard, su abuelo le pidió que se asegurara de que Madelynn no se apareciera, que la encerrara en su cuarto, pero al verla con ese viejo trasto no había

podido evitar la tentación de molestarla y se le había olvidado por completo el encargo de Eugene.

—Yo... ella... —bajó la mirada nerviosa hacia la muñeca que aún tenía en sus manos. En un gesto inútil por ocultarla la puso a su espalda.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Eugene.

—Nada, abuelo —mintió ella.

—¿Qué tienes ahí, Katherine? —repitió él, así que ella mostró el objeto—. ¿Qué es eso?

—Es... de Madelynn...

Eugene supuso inmediatamente lo que había pasado: otra de las burlas de Kathy. No le molestó eso, pues todo lo que hacía la joven era permitido por él, lo que le molestó fue que hubiera elegido ese preciso momento, que hubiera desobedecido lo que él había ordenado. Gracias a eso, Richard había conocido la existencia de Madelynn.

—Tenemos que hablar, Buckhurst —dijo Richard—. Volvamos a su despacho.

Sin esperar al anciano, Richard entró en el lugar de nuevo y se sentó. Mientras esperaba a Eugene, comenzó a procesar toda la información nueva que se había dado de casualidad.

Había llegado hacía unos instantes a la mansión Buckhurst y había comenzado su argumentación para después negarse a la petición de Eugene. Entonces había escuchado ruido, como alegatos femeninos. Al hacérselo notar al anciano, éste dijo que serían Kathy y Louisa que estarían jugando, pero a él no le pareció un juego. Después había sonado un golpe seco en el suelo y unos cristales



rotos, así que había salido a ver qué pasaba y vio a una mujer levantarse del piso.

No a cualquier mujer, sino a Audrey... o a su vivo retrato.

Oh, sí, Eugene le debía varias explicaciones.

En eso el anciano entró y fue directamente a servirse una copa, pero no le ofreció nada a Richard. Comenzó a tomarla en silencio dándole la espalda a su invitado, aun así, él no se dejaría ignorar fácilmente.

—¿Y bien? —preguntó Richard con tono molesto—. ¿Quiere explicarme todo lo que ha pasado?

—Creo que ya lo sabe —dijo Eugene mirándolo por fin—. El hijo de Audrey no murió como se lo hicimos creer a todos... o más bien la hija.

Richard no podía creer lo que oía. Habían pasado casi veinte años y la vida de esa joven era un secreto.

—¿Cómo pudo usted hacer eso? —preguntó atónito.

—Ya era suficiente con que todos supieran que tu padre había repudiado a Audrey por estar embarazada de otro cuando se casó con él. No podía permitir que supieran que habíamos conservado el bastardo. Así que en cuanto Audrey parió hice correr la noticia de que había nacido muerto.

—¿Cómo pudo Audrey permitir eso?

—No le di otra opción, o la ocultábamos o se la quitaba y la enviaba a un orfanato. Audrey estaba a mi merced, no tenía donde ir.

Sabía que Eugene era un hombre sin escrúpulos, sin moral, sin sentimientos, ¿pero ser capaz de amenazar con eso a su propia hija? ¿Lo habría cumplido? Por supuesto que sí. Eugene Buckhurst era el

hombre más despiadado que conocía, después de su padre.

—No tenía derecho de hacer eso.

—Claro que lo tenía. Audrey y su maldita bastarda han arruinado la reputación de mi familia.

A Richard le dolió que Eugene hablara así de Audrey y de la muchacha. ¿Cómo podía? Llevaban su sangre y aun así las maldecía.

—¿Y qué me dice de Henry? ¿Acaso no era un borracho bebedor que acabó con su fortuna en un abrir y cerrar de ojos? — Richard atacó pues el recuerdo del cariño que le había tenido a Audrey clamaba por defenderla.

—Eso es distinto. Además, no viene al caso.

—Tiene razón en cuanto a lo segundo.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos mientras Eugene se sentaba frente a Richard con una copa en la mano. Ninguno de los dos sabía qué decir.

—¿Cómo se llama? —preguntó Richard.

—Madelynn. Un estúpido nombre, tanto como ella. Lo eligió la perdida de Audrey, supongo que es francés, como el padre.

Richard notó el desprecio en su voz al hablar de la muchacha. Había enviado a su otra nieta a confinarla en su cuarto, supuso que así sería siempre, y esa era la vida de la hija de su querida Audrey; escondida, confinada como si hubiera cometido un delito.

—La odia —dijo él sin sorpresa.

—No puedo evitarlo. Y para colmo de males, es idéntica a la madre.

—Es su nieta, Audrey fue su hija.

—¡Un par de perdidas! —dijo el hombre furioso—. Reniego

del momento en que nacieron.

De nuevo el silencio incómodo volvió a ellos.

—Usted me ofreció algo que no es suyo —acusó Richard—.

Me ofreció las tierras que son de esa joven.

Eugene miró a Richard horrorizado.

—Es una bastarda.

—Es la hija de Audrey, que era la dueña de esas tierras.

—Es una mujer.

—Eso nada tiene que ver. Esas tierras son de ella. Le pertenecen.

—Legalmente Madelynn no existe —dijo Eugene con aire de grandeza—. Quien no existe, no hereda.

Richard sabía que ese hombre era malvado, pero jamás se imaginó cuanto. No era de extrañar que fuera tan amigo de su padre.

—Basta con que yo les informe a las autoridades que la joven vive aquí. Tendría su casa llena de gente y chismosos en menos de nada. ¿Quiere eso, Eugene?

Eugene lo miró asombrado.

—No lo harías.

—Claro que sí —aseguró Richard.

—¿Qué quieres? —preguntó Eugene—. Te devolveré las tierras, pero no digas nada.

Richard no podía creer lo que oía.

—Déjeme pensar qué quiero —respondió Richard. Tenía que pensar algo, planear algo, pues no podía dejar que ese crimen se quedara impune—. Deme un par de días y le diré qué quiero de usted por mi silencio.

Richard se levantó y Eugene también. No hubo despedidas corteses ni prolongadas, sólo un movimiento de cabeza incómodo y frío.

—Y más le vale que la muchacha no desaparezca misteriosamente —advirtió Richard—, porque le juro que la encontraría y a usted le iría muy mal. Ya sabe que soy más poderoso que usted, tengo un título.

Eugene enrojeció de ira. ¡Y todo por esa bastarda!

—Y también espero que no la golpee, porque me enteraré y entonces usted pagará —dijo Richard—. Buenos días.

Richard salió y Eugene se sentó estupefacto, pues aún no asimilaba lo que había pasado. Sus planes de casar a Kathy con Richard se habían venido al suelo gracias a la bastarda de Audrey...

Con furia arrojó la ya vacía copa hacia una pared; se hizo pedazos. Y comenzó a llorar con furia por lo que había perdido.

\* \* \* \* \*

Las lágrimas no le salían aunque ella quería llorar.

¿Por qué? ¿Por qué había conocido al hombre más magnífico del mundo en esa circunstancia? ¿Qué pensaría de ella? ¿Y de su madre? Al parecer la conocía pues la confundió y la abrazó. Pero de seguro, como todos, ignoraba su existencia.

Madelynn se acurrucó más sobre su cama, abrazándose a sí misma, para tratar de calmar su dolor. Quería llorar para ver si algo

de su pesar salía de su alma, pero no podía.

Su abuelo le iba a dar una tremenda paliza. No sería física, pues nunca la golpeaba, pero sus palabras serían más ofensivas e hirientes que cualquier azote.

Ese hombre conocería la verdad de su existencia y entonces todo sería peor...

Sus pensamientos se detuvieron cuando sintió que le arrojaban algo a la cara. Se incorporó de su cama y vio la muñeca.

—Por tu culpa el abuelo me regañó —riñó Kathy con rencor.

—Yo...

—Sí, idiota bastarda, tú. Richard se dio cuenta que existes y ya no va a querer casarse conmigo porque en la familia hay una bastarda.

La noticia le cayó como un balde de agua helada.

—¿Él iba a...?

—Sí, imbécil, iba a pedir mi mano.

Ese fue otro dolor para Madelynn. El hombre más guapo del mundo iba a ser su primo político.

Se sentó desconsolada en la cama y tomó la muñeca en sus manos. Enseguida, Kathy se la arrebató con furia.

—Y todo por este estúpido trapo viejo —dijo antes de romperlo en dos con sus manos.

—¡No! —gritó Madelynn tratando de quitárselo, pero Kathy fue más rápida y se alejó con los dos pedazos de la muñeca.

—Si lo quieres —dijo antes de correr a la ventana y arrojarlo por allí—. Ahí está. Ve por él.

Eso era demasiado. Los ojos violetas se anegaron y antes de

comenzar de dar rienda suelta al llanto que antes se había negado a salir. Salió corriendo del cuarto hacia el jardín trasero y al llegar allí se arrodilló para tomar lo que quedaba de la muñeca en sus manos. Entonces se sacudió por los sollozos mientras apretaba contra su pecho los dos pedazos de su juguete favorito.

Unos segundos más tarde sintió una mano gentil en su hombro y levantó la vista para encontrarse con el hermoso rostro de Richard. Trató de calmar sus sollozos y se levantó.

Richard había salido por el jardín trasero, pues era más cerca llegar a su casa desde allí. Se había sorprendido al ver de nuevo a la joven, ahora arrodillada sobre el suelo. Cuando se acercó notó que estaba llorando.

—Lo siento —dijo ella.

Richard vio que apretaba algo contra su pecho.

—¿Qué es eso?

—Nada —dijo ella tratando de ocultarlo con vergüenza. Pero él fue más rápido y lo tomó de las manos de la joven.

—Una muñeca —dijo él. La reconoció como la misma que había tenido Kathy, sólo que ahora estaba destrozada.

—La hizo mamá para mí... y Kathy...

Comenzó a llorar de nuevo y Richard no pudo evitar abrazarla. La estrechó fuerte contra su pecho y sus manos acariciaron la espalda de la muchacha que temblaba con el llanto.

Para Madelynn ese abrazo era como un bálsamo. Siempre lloraba sola y se abrazaba a sí misma, pues no había nadie que lo hiciera. Pero ahora él lo hacía y el calor de esos fuertes brazos la llenaba de consuelo.

Richard sentía el pequeño cuerpo agitarse con el llanto. No soportaba verla así, no lo podía explicar. Desde el momento en que la vio atemorizada frente a su abuelo, y ahora aquí, llorando la maldad de Kathy sintió un dolor que no podía explicar; le molestaba y le dolía verla así. Tal vez porque era el vivo retrato de su madre y sentía que le debía algo. Recordó la última vez que había visto a Audrey, el día en que lo defendiera de la paliza de su padre, paliza que ella misma había recibido: ella, con su rostro bañado en llanto, como esta joven, le había dicho que lo quería y le había hecho prometer que sería bueno.

¡Y se juró que sería bueno con la hija de esa adorable mujer!

Cuando el llanto se mitigó Richard la dejó y ella se secó las lágrimas con sus manos.

—Lo lamento —dijo ella avergonzada.

—¿Qué lamentas? Son ellos quienes deberían lamentar lastimarte de esa manera.

Después de un corto silencio ella dijo.

—Mi madre no era mala... no era eso que dice mi abuelo... ella sólo se enamoró... y yo nací...

—Ya lo sé —dijo él callándola—. Audrey era buena, dulce, gentil.

—¿Usted la conoció?

—Sí —dijo él.

—Pero usted es muy joven —dijo sin pensarlo.

Él sonrió y ella vio esa preciosa dentadura blanca perfecta.

—Yo era sólo un niño. Y ella fue buena conmigo.

Richard miró los pedazos de la muñeca que tenía en sus

manos.

—Parece que tendrá que repararse —dijo devolviéndosela. Ella la tomó y de nuevo la apretó contra su pecho—. Creo que no hemos sido presentados. Soy Richard Arbuckle, Marqués de Clarendon, para servirte.

Richard hizo la reverencia protocolaria y le tomó la mano para depositar un ligero beso sobre el dorso. Ella respondió la reverencia, aunque con dificultad, pues el beso suave que él había depositado en su mano había hecho correr por su cuerpo un estremecimiento que jamás había sentido.

—Ma... Madelynn Buckhurst, mi lord —dijo con timidez.

—Temo que me tengo que ir. Pero nos volveremos a ver, Madelynn —dijo él.

A la joven le pareció adorable escucharlo llamarla por su nombre, se conmovió de gozo al sentir esa voz profunda pronunciándolo. Pero sabía que no lo volvería a escuchar, de seguro su abuelo encontraría la forma de que él no la volviera a ver.

De nuevo Richard depositó un beso sobre la mano de la joven y comenzó a alejarse. Ella sintió de nuevo cosquillitas en la mano e instintivamente puso sus labios donde segundos antes habían estado los que él.

Madelynn lo observó hasta que hubo desaparecido en el horizonte. Pensó que de seguro sería la última vez que lo vería.

\* \* \* \* \*



No podía dormir.

Richard no podía conciliar el sueño.

Así que se levantó de la cama y encendió el candil de la mesita de noche para poder servirse una copa.

No podía dormir pensando en Madelynn.

Conocerla había sido una de las sorpresas más grandes que se había llevado en su vida.

Comenzando porque era extremadamente hermosa. Los ojos de color violeta y el cabello negro hacían juego con la perfección de su piel y la esbeltez de su cuerpo. ¿Tan hermosa había sido Audrey? Tal vez sí, pues era idéntica a la madre.

Qué cosas tenía la vida: el día anterior había lamentado que el hijo de Audrey no hubiera vivido, y hoy la conocía.

Al verla por primera vez pensó en Audrey y la abrazó, pero el abrazo maternal de Audrey en nada se parecía al abrazo tímido de esta chica.

Había sentido su cuerpo pequeño de curvas perfectas y su olor a violetas –Audrey olía a rosas- y eso lo había trastornado un poco. Se dijo que no podía tener ningún pensamiento impúdico sobre la hija de Audrey y menos si ella estaba en una situación vulnerable, eso sería tanto como aprovecharse de ella.

Alejó de sí esos pensamientos y se concentró en el visible sufrimiento de la joven. Era obvio que su familia la odiaba, comenzando por su abuelo y siguiendo por Kathy. No dudaba que Louisa y Bertha también la detestaran siendo secundadas por Eugene.

¡Dios, la hija de Audrey estaba sufriendo!

*Tengo que impedirlo, se repitió varias veces. No puedo permitir que la sigan maltratando.*

Cuando había vuelto tras la muerte de su padre, había querido volver a ver a Audrey para ofrecerle ayuda en lo que pudiera necesitar, pero ella había muerto. Sin embargo, ahora podía hacerlo, podía ayudar a la hija de la única persona que lo había amado en la infancia, la única que había sido sincera, tierna y cariñosa con él. Se lo debía a ella, a él mismo y sobre todo a Madelynn.

¿Pero cómo?

Podría armar un escándalo y revelar la existencia de la muchacha, pero eso sólo la perjudicaría más, ellos se vengarían en ella y la harían sufrir. No podía sacarla de ese lugar, pues no sabría dónde llevarla. Si se supiera la verdad sería escandaloso y doloroso.

¿Qué haría?

En su mente comenzó a formarse la manera ideal de ayudarla. La única en que nadie se lo prohibiría, ni se interpondría, ni mucho menos le harían daño a ella.

¿Por qué no?

Era hermosa, joven, dulce y tierna; siendo hija de Audrey no podía ser de otra manera.

Además, se lo debía a la madre. Así que no debía verlo como un sacrificio sino como un acto de retribución y entrega en agradecimiento a quien recordaba con tanto aprecio. Haría así una caridad hacia la víctima de tan malos tratos.

¿Y qué diría ella? ¿Se opondría? ¿Aceptaría?

De seguro que sí, con tal de salir de ese infierno. Él le

aseguraría que sería bueno con ella en todo, que la respetaría y la cuidaría.

Después de terminar su copa, volvió a la cama para tratar de dormir. Había tomado una decisión y rogó al cielo que fuera la más correcta. No le daría más vueltas al asunto. A la mañana siguiente iría con Eugene y se lo diría.

Y así fue.

Al otro día, en cuanto entró en el despacho del anciano fue directo al grano.

—Acepto su propuesta. Me casaré con una de sus nietas y aceptaré las tierras como dote.

Eugene se levantó de la silla con su rostro radiante de felicidad. No podía creer que la aparición de Madelynn no hubiese dañado sus planes.

—Sabía que lo harías, eres inteligente —dijo el hombre—. ¿Y quién será la afortunada, Kathy o Louisa?

—Madelynn. Quiero casarme con su nieta Madelynn, quiero casarme con la hija de Audrey.